

PABLO RIEZNIK. LA GRAN DEPRESIÓN DEL SIGLO XX

La Gran Depresión del siglo XX. Consideraciones sobre la bancarrota capitalista y sobre la izquierda también.

Pablo Rieznik

Instituto de Investigaciones Gino Germani - Universidad de Buenos Aires
rieznik@hotmail.com

Resumen

El presente artículo propone un examen del lugar histórico de la actual crisis capitalista internacional. Lo hace remontando a fines del siglo XX los orígenes de lo que se conoce como la Gran Depresión, cuando el derrumbe de los llamados “tigres asiáticos” alcanzó rápidamente una dimensión global, seguido por el default ruso de 1998, el desplome subsiguiente de Wall Street y la cesación de pagos de varios monopolios capitalistas yanquis y, por fin, el “contagio” a América Latina. El artículo ubica la crisis capitalista en el marco de la restauración del capital en los ex estados obreros, sosteniendo que la enorme victoria para la burguesía que supuso la posibilidad de penetrar los viejos estados en los cuales había sido confiscado no pudo sobreponerse a la realidad de su irreversible decadencia histórica.

Un informe del Fondo Monetario Internacional, conocido sobre el final del año 2012, pronosticó que la economía capitalista no superaría hasta 2018 las consecuencias de la actual crisis mundial. En tal caso, la quiebra de la economía global se extendería por no menos de dos décadas.

El lapso parece a primera vista exagerado porque duplica el de los análisis convencionales, incluidos los del propio FMI, que ubican el inicio del actual proceso un lustro atrás, con la falencia emblemática de los principales bancos de inversión norteamericanos, encabezados por Lehman Brothers, en 2008. Corresponde, sin embargo, situar una década antes el principio de lo que cada vez más se conoce como la Gran Depresión, cuando el derrumbe de los llamados “tigres asiáticos” alcanzó rápidamente una dimensión global, seguido por el default ruso de 1998, el desplome subsiguiente de Wall Street y la cesación de pagos de varios monopolios capitalistas yanquis y, por fin, el “contagio” a América Latina, cuyo punto más alto fue precisamente el colapso económico social en nuestro propio país y el emblemático Argentinazo de 2001 (el levantamiento popular que produjo entonces la caída del gobierno de De la Rúa).

Veinte años y algo más

En la vasta literatura sobre la cuestión no se considera este análisis sobre la extensión de la crisis porque no tomaría en cuenta el hiato que quedó planteado a partir de 2002, cuando los datos relativos a la actividad económica capitalista mundial mostraron un repunte que se prolongó durante algunos años y que parecía cancelar la caída iniciada en el final de los años noventa. Pero aún en esa misma literatura se reconoce que el rebote global tuvo características muy poco sólidas y que reposó en un gigantesco mecanismo financiero de especulación. Fue, en consecuencia, lo que los franceses llaman una *fuite en avant*, un expediente que simplemente postergaba un desastre mayor que el que se pretendía evitar, procurando renovar el proceso económico sobre bases ficticias. En lugar de revertir la dirección en que tendía a despeñarse la economía, el pseudo “boom” económico de los primeros años de la década pasada creó las condiciones del estallido ulterior en los años 2007-2008, cuando reventó la mayor “burbuja” de la economía capitalista de todos los tiempos, según la denominara uno de los voceros tradicionales del gran capital, la revista inglesa *The Economist*.

La base de esta “fuga” y de la correspondiente burbuja fue la creación de una gigantesca masa de crédito, viabilizada por una enorme reducción de las tasas de interés y una supuesta “reingeniería” de las finanzas, incluyendo la postergación de las fechas iniciales de amortización de los préstamos y pago de esos mismos intereses, creando así el espejismo de la creación de una cantidad ilimitada de dinero. Una suerte de maná del cielo para el eventual demandante al que, además, no se le exigía ninguna prueba de solvencia. La inflación crediticia creó la ilusión de un consumo crecientemente desligado del ingreso real de los deudores y de la evolución de la actividad económica; una ilusión que naturalmente acompañaba el desarrollo de las condiciones de una quiebra potencial y en cadena. Y así fue.

El detonante del estallido del “burbujón” fue la elevación de la tasa de interés de la Reserva Federal (el sucedáneo del Banco Central en EE.UU.) que, sobre el final de 2007, superaba en más de un 400% el bajísimo nivel al cual el costo del crédito había sido reducido en 2003, en la tentativa, entonces, de superar el bajón de la economía que se arrastraba desde finales de los noventa. Esta suba de la tasa de interés reflejaba los riesgos crecientes de la sobreproducción crediticia y de moneda (y, en consecuencia, la

eventual desvalorización del dólar y la inflación). Pero fue el punto de partida de una mora en cadena de los endeudados, particularmente en el hiperinflado mercado inmobiliario y el principio de la quiebra serial de los activos financieros, “apalancados” en hipotecas que se tornaron incobrables. Sucede que tales hipotecas, es decir, las deudas de los compradores de inmuebles, se transformaban en títulos, una suerte de pagarés que los bancos podían vender a inversionistas. De este modo recuperaban dinero fresco que volvía a servir para generar nuevas hipotecas que se transformaban en títulos... y así de seguido. Los títulos respectivos se agrupaban además en “fondos de inversión” que multiplicaban el negocio a una escala creciente y que los propios bancos compraban, vendían y negociaban en una suerte de calesita que habría encontrado ese *desideratum* utópico de la física, que es el de un movimiento perpetuo. Este apalancamiento o multiplicador del negocio financiero, que actuaba como mecanismo de propagación de la burbuja, fue un inmenso globo que finalmente se pinchó. El estallido de la burbuja y en consecuencia el “desapalancamiento” tuvo el efecto del desinfe de un globo a la medida de un sistema financiero global hiperdimensionado. Lo que fue concebido y/o idealizado como el remedio para evitar el estancamiento o la caída de una economía capitalista en declinación acabó siendo peor que la enfermedad. Así comenzó el derrumbe, que a partir de entonces (2007/2008), se extendería como mancha de aceite en la economía mundial. La Gran Depresión, en consecuencia, ha puesto en escena una crisis capitalista mundial en dos actos y un final tan incierto como inacabado.

En esta Gran Depresión que se extiende ya por una larga década y media, el “caso argentino”, en el cambio de siglo, quedó definitivamente inscripto como anticipatorio de lo que sucedería más tarde en el plano de la economía global. Lo confirma la infinidad de apelaciones a la experiencia argentina cuando las economías capitalistas comenzaron a alinearse en una serie de derrumbes seriales cuya secuencia continúa ahora en pleno desarrollo. Recordemos que entre 1998 y 2002 Argentina atravesó la mayor crisis de su historia, un vertebral quebranto económico y social, que tuviera su punto más alto en el insurgente “Argentinazo” mencionado en el inicio de este artículo. Si este recuerdo tiene en el presente un valor propio es porque ya a fines de los años noventa, quince años atrás, era obvio para el que lo quisiera ver que lo que se producía en nuestras latitudes era la manifestación específica y aguda de un fenómeno más general que, por eso mismo, denominamos en un nota de la época como “argentinización” de la economía mundial. Pero entonces semejante caracterización fue considerada un exabrupto, algo que se endilgó a una suerte de catastrofismo atávico que profesaríamos sin comprender que el caso nativo sería una suerte de “excepción a la regla”. Por eso, entonces, los supuestos abanderados del “anticatastrofismo”, en el cual se atrincheraba la mayoría abrumadora de la izquierda, oponían a la desintegración de nuestra sociedad el ejemplo de la “integración” de las economías capitalistas, cuya manifestación más evidente era la conversión de la Unión Europea en una suerte de entidad supranacional con una moneda común. Ahora que el euro estalla haciendo estragos y que la Unión Europea se desmorona, vale la pena no perder el hilo de polémicas y controversias sobre la realidad convulsiva de la crisis mundial y su significado. Lo cierto, entonces, es que el ejemplo de la “Unión” supranacional como símbolo de una nueva época no prosperó sino que, al revés, Europa se “argentinizó”, en un proceso de desintegración todavía inacabado.

La desintegración hasta el hueso de la economía argentina a principios de este siglo era caracterizada como excepcionalidad, además, por una situación que excedía el escenario recién mencionado de lo que sucedía en territorio europeo. En aquel momento la estrella ascendente de la Unión Europea se presentaba como apenas un aspecto de una reconstitución del mercado mundial en escala ampliada, indicando inclusive la abertu-

ra de una nueva era histórica. Sería la nueva época que habría quedado abierta con la restauración capitalista en la antigua Unión Soviética y en China y, que por eso mismo, planteaba la integración en un plano superior de una economía “global”, de una economía capitalista mundializada que postergaba “sine die” cualquier ilusión de una transformación revolucionaria. Algo que, por fin, limitaba la agenda “progresista” a la propuesta de alternativas en el cuadro insuperable del capital; no en alternativas *al* capitalismo (que fueron remitidas al limbo de una utopía, es decir, al limbo de la imposible), sino en supuestas alternativas *del* propio capitalismo. Es con este “programa” supuestamente realista que la izquierda latinoamericana se preparó para acceder al poder en el umbral del nuevo siglo.

Como testimonio de tal programa se puede tomar el caso del ascenso del Partido de los Trabajadores al gobierno del mayor país latinoamericano luego de haber triunfado en las elecciones de finales del año 2002. Como garantía de la conversión al altar del nuevo orden, el gobierno que entonces encabezó Lula da Silva firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, aún antes de asumir formalmente del poder; un hecho sin precedentes puesto que el FMI sólo establece acuerdos con gobiernos constituidos. Vale como ejemplo también de cuanto macaneo hay en el planteo de “alternativas” capitalistas al propio capitalismo.

Si en la apreciación de la naturaleza de la Gran Depresión incluimos estos comentarios es porque la crisis mundial no puede ser correctamente abordada sólo en el ámbito restringido de lo puramente “económico”. Toda crisis capitalista es siempre la expresión de un principio de disolución de la sociedad, puesto que ella misma no es otra cosa que el estallido de las contradicciones insuperables del capital. Las crisis capitalistas no sólo son el campo propio de una agudización de los antagonismos sociales sino también el terreno de una lucha de clases que pone en juego la conducta, los planteos, la actividad práctica de las fuerzas en pugna que expresan de un modo específico esa lucha. El curso y el destino de la Gran Depresión de nuestro tiempo no pueden ser abordados al margen de esta cuestión decisiva que es inmanente a toda crisis capitalista. La posibilidad de cooptación de la izquierda a las variantes del orden establecido no es en modo alguno un aspecto que pueda ser soslayado en el análisis de las características específicas que toma la actual crisis mundial. Conviene apuntarlo de entrada para subrayar el carácter unilateral que pueden tener los señalamientos de este mismo artículo si no se los tomara como una parte de la realidad, es decir, del conjunto de sus determinaciones.

Queda hecha la constatación para subrayar el ángulo metodológico de las notas que siguen. Un ángulo concreto y contradictorio. Esto porque la actual Gran Depresión estalló cuando no había pasado una década de lo que el *establishment* capitalista consideraba algo así como su victoria definitiva, habiendo quebrado el dique que le permitía colonizar la geografía del Este Europeo y del sudeste asiático (en seguida volveremos sobre este punto). Cuando en 1998 la crisis mundial ponía un rotundo mentís a semejante pretensión, la izquierda se lanzó, sin embargo, al rescate de la nave que se hundía, proclamando el abandono de cualquier tentativa de transformación anticapitalista. No es una contradicción menor la que se expresa en consecuencia en las vicisitudes que presenta la crisis mundial.

El signo de la historia

El “relato” dominante en el origen de la actual crisis, cuando despuntaba el siglo XXI, tendía a considerar que se trataba de un corto episodio y que podía ser superado en los

términos creados por la nueva realidad de la colonización capitalista del planeta. Un siglo después de que Lenin planteara que el imperialismo era la última etapa histórica del capitalismo, la de su definitivo agotamiento; el signo de la historia se presentaba como la supuesta evidencia de lo exactamente opuesto. No era la agonía terminal; al revés, asistiríamos a los dolores del parto de un renacimiento. No sería la última etapa del capital sino la primera de un novedoso volver a vivir. El nuevo siglo, por lo tanto, exhibiría un plano superior de la evolución del capital, habilitada por el desmoronamiento de los viejos estados de “economía centralmente planificada”. Como expresión de la nueva época, los especialistas destacaban, por sobre todas las cosas, el supuesto circuito virtuoso de la reconvertida economía china y del “hegemón” norteamericano, mediante la cual el superávit comercial de la potencia “emergente” financiaba el monstruoso déficit yanqui (comprando títulos del Tesoro norteamericano y acumulando reservas en moneda estadounidense) y expandía el comercio mundial, una también supuesta evidencia del dinamismo de las renovadas fuerzas productivas del capital.

Lo cierto es que el financiamiento “chino”, asegurando la convertibilidad del dólar (que de otra manera quedaba sujeto a una inevitable devaluación) en el cambio del siglo fue la fuente del ya mencionado ciclo especulativo sin precedentes en el pasado y que acabó, como no podía ser de otra manera, con el estallido brutal un lustro atrás. El dólar hipervalorizado fungió como “plata dulce” (“argentinismo” que caracterizó así el dinero nacional convertible para los negocios de la especulación financiera, sea durante la gestión económica de Martínez de Hoz en la dictadura genocida, sea en su formato más cercano con la experiencia “neoliberal” del ministro Domingo Cavallo en los gobiernos de Menem y De la Rúa). La función de esta “plata dulce” era lubricar el metabolismo especulativo que pretendía estirar las posibilidades de la acumulación del capital, agotadas en la esfera directa de la producción amenazada por ganancias declinantes y un exceso de capacidad frente a la demanda creada por el propio capital. (Finalmente toda crisis viene a recordar que el afán capitalista de expoliar a la población laboriosa en el ámbito de la producción para asegurar su mayor rentabilidad es incompatible con la pretensión de una demanda solvente para que circulen y se realicen los resultados mercantiles de esa misma producción).

La Gran Depresión tuvo su “burbuja” como resultado de esa dificultad del capital para alimentar negocios “productivos” en un mundo saturado de capital (sobreproducción). El “acople” EE.UU.- China fracasó como intento de darle una salida original a la sobreproducción capitalista desarrollada sin prisa y sin pausa en el largo período previo. El término “acople” esconde inclusive la naturaleza social de esta tentativa de abortar el desbarranque. Es decir, la tentativa que intentó mitigar los males del desarrollo capitalista exacerbado en las metrópolis mediante una combinación que reproducía un mecanismo primitivo de formación originaria del capital, hundiendo en la barbarie a una enorme masa campesina, desplazándola como tropa superexplotada a las ciudades en las cuales el capital extranjero hacía su agosto con trabajadores en condiciones de semiesclavitud. Un nuevo proletariado chino se formó así en las condiciones bárbaras propias del pasado, asegurando una competencia degradante para las conquistas del proletariado en los países más desarrollados. Pero en lugar de abrir una nueva época para el capital, mostró los límites irreversibles de una civilización capitalista en descomposición.

En su momento no se quiso ver, sin embargo, esta dimensión catastrófica que incubaba la mentada la “globalización” capitalista abierta con la restauración. Ella provocó una suerte de borrachera, sea en su variante eufórica derechista o en la versión melancólica

izquierdista. El telón de fondo de toda la confusión prevaleciente sobre el estado de la economía capitalista de fin de siglo no era otro que el de la liquidación definitiva de la muy larga historia de degeneración de los viejos estados obreros, bajo el mando de una burocracia que pavimentó el camino hacia la restauración lisa y llana. Sin embargo, entre la izquierda radical e inclusive entre las corrientes que se reclamaban trotskistas, el ascenso de Gorbachov en la URSS en los ochenta, la llamada “perestroika” y la “glasnost”, fueron presentados como un avance hacia una conjunción superior de socialismo y libertad; no como anticipo de una restauración en regla. La izquierda mundial sucumbió en esta experiencia, cuya expresión definitiva fue la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética. No entendió el significado de la deriva contrarrevolucionaria del estalinismo. Buena parte de esa misma izquierda y del llamado “progresismo” supuso, además, que el fracaso de la URSS inculcaba una savia revitalizadora al capital y a la democracia capitalista. Por eso, como ya lo señaláramos, el socialismo debía quedar entonces reducido a una utopía y la vigencia de la revolución social postergada para una indefinible etapa ulterior de la historia. Quedará para el registro de esa misma historia que, entonces, aún antes del comienzo de esta Gran Depresión, un puñado de organizaciones de la izquierda revolucionaria propugnaron “contra la corriente” desmitificar la ilusión de un cambio de signo de la época contemporánea y plantearon que, por el contrario, la vigencia histórica de la revolución socialista no había sido revertida, que la decadencia del capital era una tendencia irreversible y que condicionaba, con sus enormes contradicciones, las vicisitudes del proceso de restauración capitalista en curso. Nos referimos a las organizaciones que, junto al Partido Obrero de Argentina, proclamaron la necesidad de refundar sobre este principio básico los fundamentos de una internacional obrera y revolucionaria (la IV Internacional).

En síntesis, la enorme victoria para el capital que supuso la posibilidad de penetrar los viejos estados en los cuales había sido confiscado no pudo sobreponerse a la realidad de su irreversible decadencia histórica. La tendencia a la descomposición capitalista no pudo ser revertida por la restauración sino que, al revés, acabó por condicionarla: por eso la Gran Depresión acabó por estallar poco después de que supuestamente el capital proclamara algo así como su triunfo en una batalla final. Es el signo específico del lugar histórico que caracteriza a la crisis presente.

Grandes Depresiones y agotamiento capitalista

No está mal que se denomine a la actual la Gran Depresión que es como también se conoce en la historiografía a la primera gran crisis capitalista “global”, que se produjo en el final del siglo XIX y se extendió por más de dos décadas, a partir de 1873. Permite, además, una metáfora pedagógica. A aquella Gran Depresión el capital no le encontró otra salida que la que correspondió a una conquista brutal del mundo colonial (en pocos años los territorios del planeta quedaron bajo el dominio de un puñado de potencias que podían contarse con los dedos de una mano) y cuando esta repartija culminó el broche de oro fue una carnicería universal, la Primera Guerra Mundial, que inauguró la matanza en masa en la retaguardia, es decir de la población civil, gracias a la novedosa aplicación de la aviación y sus bombas letales. He aquí una fuente primigenia del “terrorismo de Estado” contemporáneo.

Más tarde, la segunda Gran Depresión –la de 1929– tuvo su salida en la todavía más letal y masiva carnicería de una nueva guerra mundial. No se trata por lo tanto de ver si el capital encuentra una salida a sus propias catástrofes “económicas” sino de consi-

derar las catástrofes civilizatorias necesarias para “recuperarse”. La llamada recuperación capitalista crea así una suerte de espiral en virtud de la cual busca superar sus obstáculos, creando así las condiciones para nuevos y mayores obstáculos que traducen sus límites históricamente insuperables.

Las mencionadas “salidas” a las crisis son lo que los economistas llaman “recuperaciones”, cuando la actividad de la producción económica vuelve a crecer. Pero ninguna medida de crecimiento de la producción puede sustituir el análisis de los antagonismos económicos y sociales sobre los cuales reposa y se procesa. Por eso los revolucionarios de cien años atrás, cuando la economía crecía bajo el látigo de la guerra y el militarismo mundial, se comprometieron en la tarea de oponer el socialismo o la barbarie, considerando que la descomposición capitalista transformaba las fuerzas productivas en fuerzas destructivas (el concepto original es de Karl Marx). No fue, por lo tanto, una consideración genérica sobre la actividad económica en sí misma la que imprimió su marca a los planteos de la izquierda revolucionaria en el umbral del siglo XX. Fue la apreciación de que la Gran Depresión cerraba una época, implicaba un viraje histórico, indicaba un límite al ciclo de la civilización capitalista y abría el período de la etapa superior o última del capital, el terreno propio de una delimitación decisiva entre la revolución y la contrarrevolución contemporáneas. Sin tal consideración es imposible comprender ni la naturaleza del capitalismo en la última centuria, ni el carácter de las transformaciones sociales del pasado ni tampoco las vicisitudes de la izquierda socialista y la política revolucionaria de nuestro tiempo.

La Gran Depresión de fines del siglo XIX y la Gran Guerra de 1914-1918 no sólo marcaron la transición a una nueva época. También marcaron un desplazamiento del centro de gravedad de la economía capitalista que, en cada etapa histórica, tuvo un liderazgo propio. En su etapa original, sobre el final de la Edad Media, fueron los Países Bajos quienes encarnaron ese liderazgo que luego, con el capital marchando sobre sus propios pies, se trasladó a Inglaterra, la cuna de la revolución industrial. Cuando los límites de la civilización capitalista se expresaron en el cambio del siglo XIX al XX, el viejo territorio del capital (Europa) se consumió en la barbarie de la guerra y la cabeza del orden capitalista se trasladó al norte del nuevo continente. Estados Unidos se transformó así en la principal potencia no ya de la “Era de la revolución”, ni de la “Era del Capital” sino de la “Era del Imperio”, utilizando como metáfora la trilogía con la cual el recientemente fallecido Eric Hobsbawm trazó la historia del capitalismo y, por supuesto, aludió a la época de su definitivo, histórico.

La pretensión de moda de que asistimos ahora a un nuevo desplazamiento del centro hegemónico del capital, esta vez hacia el continente asiático, lleva implícita un supuesto que debe ser explicitado. El supuesto consiste en asumir como un hecho evidente que el pasaje de la hegemonía yanqui a la china representaría, en un sentido contrario al que se desarrolla en nuestro análisis, un nuevo punto de partida para un despliegue novedoso de las fuerzas productivas del capital. Cuando se trata, entonces, de considerar este eventual “corrimiento” hegemónico lo fundamental es poner de relieve que ningún caso podría concretarse si no es por medio de las contradicciones del propio capital, esto es, mediante una exacerbación de la propia crisis en las condiciones históricas concretas en las cuales se desenvuelve. Una crisis que ya hace tiempo combina los términos propios del caos creciente de la economía con la hecatombe de regímenes políticos, cataclismos sociales, resistencia de masas e insurgencia revolucionaria que es lo que hoy domina la “cuenca mediterránea” cuando se considera de un lado el proceso de la revolución árabe y, del otro, los levantamientos, huelgas y manifestaciones que se extienden en la parte

sur del continente europeo desde Portugal a Grecia, pasando naturalmente por España e Italia.

Es un cuadro del cual de ninguna manera debería excluirse la variante de una guerra abierta, sea en la dimensión más próxima de un estallido en el Medio Oriente, sea en la dimensión menos visible de un enfrentamiento entre las grandes potencias en torno a disputar las condiciones de su lugar en la eventual salida del derrumbe actual. Después de todo, también en el pasado las dos guerras mundiales irrumpieron cuando el mundo “civilizado” estimaba como absolutamente improbable un conflicto bélico que pusiera en acción un potencial destructivo sin ningún tipo de antecedentes. Si apelar al “sentido común” tiene algún sentido, recordemos que en el caso de la Segunda Guerra Mundial el choque entre las potencias capitalistas fue tan brutal que en lugar de mancomunarse para terminar con la expropiación capital en el vasto territorio de la ex URSS, acabaron por desangrarse en la infamia bélica que se cargó con sesenta millones de almas en unos pocos años.

En la actualidad están presentes los elementos para un nuevo episodio sísmico de la crisis mundial. Su estallido fue apenas postergado a mitad de 2012, cuando la situación griega mantuvo en vilo al mundo capitalista luego de que las elecciones de mayo consagraran el triunfo de un partido de centroizquierda que pregonaba el desconocimiento del “memorándum” que la “troika” (Unión Europea, Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional) había pactado con el gobierno griego para arrasar con las condiciones de vida de la población, en nombre del rescate de la desquiciada economía capitalista griega. De un modo muy concreto, la cúpula del capital discutió qué “medidas desesperadas” podía dar como respuesta a una “situación desesperada”, según las palabras de un artículo de entonces del más reconocido diario del capital financiero mundial (*Financial Times*).

La negación del capital

De hecho, algunas de tales “medidas desesperadas” fueron ensayadas ya en el pasado reciente. El capitalismo yanqui, por ejemplo apeló a la emisión monetaria y al endeudamiento en proporciones homéricas y a la semiestatización de hecho de algunas corporaciones para evitar el hundimiento del capital financiero (bancario e industrial) en estado liso y llano de colapso. De tal manera que en la primer potencia del mundo hemos asistido a una suerte de negación del capital privado como recurso último para salvar al capital privado: las más grandes corporaciones emblemáticas del capitalismo norteamericano, si consideramos a las automotrices por un lado y a los bancos más poderosos del otro, sólo se mantuvieron en pie por la vía de subsidios y transferencias de fondos extraordinarios por parte del gobierno, a costa, por supuesto, de la finanza pública, es decir, de una exacción a la población trabajadora y de una hipoteca descomunal sobre su futuro. En estas condiciones, EEUU exhibe ahora los registros propios de una economía que los manuales convencionales adscribirían a países periféricos: una deuda descontrolada, un intervencionismo oficial desbordado, un déficit público enorme. El resultado negativo de las cuentas públicas es hoy equivalente al 9% del Producto Bruto Interno y se ha duplicado en los últimos tres años. La deuda pública equivale al 100% de ese mismo PBI y subió 50% en los últimos 4 años.

Estamos en presencia de una suerte de “capitalismo de estado” según admitiera uno de los órganos históricos del “neoliberalismo”, al cual se ha debido apelar para tratar de contener el colapso general. Lo más importante, sin embargo, es que, a pesar del carác-

ter excepcional de todas las disposiciones adoptadas para intentar poner un límite a la caída, los resultados han sido completamente precarios. A comienzos de 2013, la inversión en activos fijos de largo plazo es la más baja en los últimos ochenta años, el desempleo supera la tasa del 11%, los trabajadores en la industria manufacturera son el 30% menos que en el 2007. Lo que se ha producido es una acentuación enorme de la superexplotación del trabajo y, por lo tanto, un incremento de la plusvalía absoluta que denota el carácter parasitario de todo el proceso. Más importante todavía: los desequilibrios económicos y sociales han alcanzado un extremo desconocido en la historia. Entre 1979 y 2007 el 1% de la población cuadruplicó sus ingresos; el 25% de la base de la pirámide subió apenas 40%. Los analistas hablan de “dos sociedades” al referirse a esta polarización. En el pasado el término “Belindia” se utilizaba para caracterizar economías como las de Brasil cuyo desarrollo desigual combinaba en un solo territorio la realidad de una pequeña Bélgica desarrollada y de una inmensa India atrasada. Estados Unidos es ahora Belindia: casi 50 millones de norteamericanos comen con “cupones” de alimentación que distribuye el gobierno.

Es el “capitalismo de estado” de un capitalismo en descomposición, de una “economía vudú”, según la expresión del economista Joseph Stiglitz: los bancos quebrados han pasado parte de sus activos incobrables al Estado, que ha emitido títulos que compran esos mismos bancos... para financiar una deuda pública que se encuentra en el límite del default. De forma tal que el capital financiero se rescata a costa de una finanza pública que es “rescatada” con la compra de su deuda por los bancos en situación de bancarrota. Se trata de una bomba de tiempo condenada a estallar. Y estamos hablando de la mayor economía capitalista de todos los tiempos.

No por casualidad la cuestión del “precipicio fiscal” domina en forma recurrente el debate económico en Estados Unidos cuando el Congreso estadounidense debe aprobar anualmente los límites de la deuda pública. Un ala del imperialismo niega que deuda y déficit presupuestario constituyan un problema serio; no es una novedad y en su momento, en el pasado, pudo ser superado, como afirmó Paul Krugman en numerosos artículos recientes y no tan recientes. El economista aludió, como ejemplo, a lo sucedido en la mitad del siglo pasado cuando, luego del New Deal y de las exigencias de la economía de guerra, las finanzas públicas pudieron licuar su enorme pasivo. Pero entonces Estados Unidos había quedado en una posición extraordinariamente dominante en el mercado mundial y ahora lo que está presente es la enorme erosión de esa posición en la economía global. La brutal preponderancia de los yanquis en el universo capitalista permitió en la posguerra compatibilizar durante un cierto tiempo la conversión de la moneda norteamericana en dinero mundial (Bretton Woods, abandono del patrón oro), planteando una contradicción que nunca dejó de manifestarse críticamente en el período subsiguiente.

Sucede que la inundación de dólares que fluyó al planeta entero implicaba una devaluación potencial o un vaciamiento de las reservas yanquis en oro que perturbaría, temprano o tarde, todo el equilibrio del comercio mundial y las propias posiciones conquistadas en ese mercado por la burguesía norteamericana. Es precisamente lo que estalló con la declaración de la inconvertibilidad del dólar, cuatro décadas atrás, en el comienzo de los años setenta, y que numerosos especialistas toman como referencia de la larguísima inestabilidad y decadencia de la economía capitalista como un todo, que se arrastra desde entonces como tendencia secular y que remata en la hecatombe presente.

Ahora mismo, la resolución del “precipicio fiscal”, que supondría un aumento de las tasas de interés y un “ajuste” recesivo, implicaría también una revaluación del dólar que

debilitaría las posiciones de la industria americana en el mercado mundial, afectando su “competitividad”. A diferencia de la situación de la posguerra, la posición acreedora de EEUU se ha transformado en su opuesto, con una gigantesca deuda con el resto del mundo, que requeriría ser licuada por una devaluación, no por una revaluación. El equilibrio interno de la economía yanqui ha entrado en violenta contradicción con las necesidades de su devaluado papel como gendarme mundial. Dos años atrás, la irrupción de una “guerra monetaria” puso de relieve lo que sería el punto culminante de la actual crisis con un eventual dislocamiento del mercado mundial en un juego de maniobras explosivas del capital especulativo, en el marco de “devaluaciones competitivas” y de agravamiento al extremo de las rivalidades de las diversas economías capitalistas.

UE...

En este contexto es que toma su verdadera dimensión la liquidación definitiva de ese cadáver político y económico que se llama Unión Europea (UE), el eslabón más débil en la cadena de la actual crisis mundial. ¿Por qué? Porque a lo largo de todo el siglo XX Europa fue rescatada del pozo por la potencia económica de los Estados Unidos, que en el siglo que pasó asumió el liderazgo del capitalismo mundial, desplazando al viejo y decadente imperio inglés. La política, se ha dicho siempre, es “economía concentrada”, y por eso mismo es en la dimensión política propiamente dicha en donde importa registrar el alcance de la actual desintegración de la Unión Europea. En definitiva, la Unión fue siempre un intento de construcción política para enfrentar las tendencias a la revolución social. En su punto de partida, para encarar la reconstrucción del viejo continente, devastado por la guerra y por la amenaza disolvente de resurgimiento de un vigoroso movimiento obrero que amenazara la imprescindible reconstrucción capitalista. Más tarde, para encuadrar las disputas en un cuadro de colaboración que conciliara los intereses contradictorios de las potencias capitalistas y las amenazas de un resurgimiento revolucionario en el período marcado por la huelga general francesa, la primavera de Praga, la derrota del imperialismo en Vietnam y la revolución portuguesa, entre finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Finalmente, la UE se articuló como instrumento de colonización del Este europeo y de salida a un impasse más general del capital continental, sumido en lo que se conoció como “euroesclerosis” y, por sobre todas las cosas, como mecanismo para financiar la unificación capitalista de Alemania, evitando una devaluación del marco y una eventual inflación explosiva. Este fue el propósito de la “convertibilidad” de las monedas europeas, que confluyeron posteriormente en el “euro”, a partir de los años noventa del siglo pasado. La Unión Europea nunca constituyó una superación de las fronteras nacionales sino más bien una entente contradictoria de rescate de los estados nacionales que concluye ahora en un completo dislocamiento que establece una reversión del proceso abierto con la desintegración de Europa Oriental y la antigua URSS.

La desintegración de la Unión Europea, cuyo desarrollo tiene manifestaciones innegables en el campo monetario, financiero y político, plantea la alternativa de su disolución o, dialécticamente, su conversión en un régimen de protectorados bajo la dirección de una potencia dominante o bajo la asociación desigual de un par de ellas. La primera alternativa desencadenará situaciones revolucionarias y revoluciones sociales; la segunda solamente podrá imponerse en el caso de una derrota histórica del proletariado por parte del capital mundial. Este recorrido contradictorio de la etapa en curso implicará crisis políticas e internacionales enormes, y por otro lado una tendencia imparable de luchas y sublevaciones populares. De esta manera queda planteado un contrapunto his-

tórico con la etapa iniciada por disolución de la Unión Soviética y la restauración (transicional) del capitalismo en China. La bancarrota capitalista mundial es la categoría central del desarrollo histórico presente.

La más reciente tentativa de doblegar al gobierno alemán para que habilitara un salvataje del Banco Central Europeo para evitar la cesación de pagos de las economías más afectadas por la bancarrota, terminó sobre el final de 2012 en un impasse. Esto luego de que se celebrara la supuesta derrota de la teutona Merkel al respecto, la “condicionalidad” de los eventuales rescates del BCE a nuevos planes de ajuste, a un cronograma indefinido y a supervisiones extranacionales dejó todo como estaba. La parálisis revela contradicciones insuperables: la propia burguesía alemana se divide en torno a la cuestión del rescate europeo. El empantanamiento se revela en un reciente estudio que estableció que la bancarrota griega le costaría al capital financiero alemán unos 82.000 millones de euros si Grecia se retira de la eurozona y más todavía –casi 90.000 millones– si Grecia...se mantiene como miembro de la misma.

Esto último explica por qué una parte del capital financiero alemán apuesta a una ruptura de la eurozona e, *in extremis*, al retorno del propio marco. Su revaluación tendría como contrapartida una desvalorización de las viejas deudas en euros. Por la misma razón otra parte de la burguesía estima que esa misma revaluación de la moneda alemana (o del euro en caso de un retorno a las monedas nacionales en la periferia de la UE) hundiría las exportaciones alemanas, el motor del crecimiento económico en el último período, al mismo tiempo que hundiría toda la precaria estructura del comercio mundial. En el ínterin, la depresión económica en el continente ha alcanzado a la economía de Alemania tanto porque los acreedores de la quiebra financiera continental han visto afectados ya la cotización de sus propios activos como por el hecho de que la locomotora de las exportaciones tiende a estancarse. De conjunto los organismos oficiales de la UE han hecho público que se ha acentuado el estancamiento económico de la “eurozona” como un todo. El derrumbe industrial es calamitoso. El próximo episodio será el derrumbe de la zona euro, eventualmente detonado por la largamente postergada declaración del default griego, en una fila en la cual sigue inmediatamente España.

El cuento chino

El proceso de disolución de la UE deja planteado una vez más el interrogante-problema que en este mismo artículo ha sido señalado más arriba: el de la emergencia de un nuevo ciclo capitalista que reposaría en el liderazgo de China. Ya señalamos que la ilusión de una transición pacífica en este sentido debía ser descartada y que en el pasado el pasaje de la hegemonía de una potencia a otra fue inseparable de episodios catastróficos, crisis, guerras y revoluciones. Pero esto nos mantiene aún en un nivel de análisis muy general. En un plano más concreto las analogías históricas deben aún ser precisadas. En primer lugar, EE.UU. desplazó a Inglaterra cuando había alcanzado el status de una potencia industrial única, habiendo coronado su desarrollo capitalista “sui generis”, es decir, que pudo sortear, dada su historia particular, el parto de la llamada “acumulación primitiva” por medio del cual el capitalismo original de carne y hueso, el europeo, tuvo que abrirse paso frente a la herencia consagrada de la vieja sociedad en un larguísimo medioevo. La peculiaridad del desarrollo yanqui, luego de la guerra civil en la segunda mitad del siglo XIX, que algunos historiadores consideran el punto final de tres siglos de revolución burguesa, dio lugar a una colonización capitalista del inmenso territorio norteamericano “a la americana”; sin el fardo de lidiar con una aristocracia terratenien-

te y que fue la base de un poderoso desarrollo del mercado interno.

La posición de China es sustancialmente distinta y el contexto histórico del capital absolutamente diferente. El 70% de la “industria china” es un gigantesco enclave de exportación en manos de propietarios extranjeros. Este desarrollo, a diferencia del que correspondió al capitalismo americano, que se basó en salarios altos que estimularon un aumento de la productividad del trabajo (plusvalía relativa del capital), tuvo como fundamento una superexplotación descomunal del nuevo proletariado y el trabajo semiesclavo en masa, un recurso que tiende a agotarse como consecuencia del propio crecimiento y resistencia de la nueva clase obrera. En contrapartida el fenomenal “ahorro” de los chinos fue centralizado por la burocracia en un desarrollo anárquico de infraestructura (carreteras, aeropuertos, obra pública) y una expansión inmobiliaria que ha creado una “burbuja” semejante a la que reventó en 2007-2008 en los países capitalistas desarrollados. En los manuales convencionales de economía se muestra cómo países atrasados pueden eventualmente tener un crecimiento exponencial de su economía cuando parten de un primitivismo productivo propio del pre capitalismo, hasta alcanzar lo que denominan la “trampa del ingreso medio” que normalmente identifican con el registro de un promedio de 5000-7000 dólares por habitante (como máximo un 20% del que se contabiliza en los países capitalistas desarrollados). China se encuentra actualmente en ese mismo umbral. Los informes de los analistas económicos ilustran ahora el horizonte de desaceleración “estructural” que evidencia la economía China.

Mientras el capitalismo en su origen y el imperialismo en su “fase superior” se constituyeron estrujando las posibilidades de un mercado mundial precapitalista, el “capitalismo” chino se encuentra frente a un planeta dominado por el capital que ha cumplido lo que Marx llamaba su “misión histórica”; que no era otra cosa que la constitución de ese mercado mundial capitalista. Estados Unidos se transformó en imperialista a partir de una posición deudora y desfalcando a su vieja potencia colonial. China acumula acreencias parasitarias que se acercan ahora a la friolera de cuatro trillones de dólares que no puede transformar en capital actuante y cuyo vuelco al mercado hundiría a la moneda y a la economía norteamericana y mundial como un todo.

En lugar de cohesionar al régimen político único al que ha dado lugar el proceso histórico que siguió a la revolución, las tasas “chinas” del portentoso crecimiento de su economía lo han llevado a una situación explosiva. Un nota en el *Wall Street Journal* de mediados de este año revelaba la precariedad en que reposaba la arquitectura política china al contabilizar los miles de millones de dólares que la cúpula dirigente acumulaba en el exterior, lo que con toda razón interpretaba como un índice de la “desconfianza” en su propio futuro que sólo podría remediarse con su pasaje a la condición de “propietarios” privados, que no habían alcanzado. Este “pasaje” no es otra cosa que una promesa de completa desintegración: en el caso de la Unión Soviética dio lugar a una destrucción de fuerzas productivas comparable al de una guerra y a una atomización de la administración gubernamental y a una pugna de camarillas y mafias que sólo encontró una precaria estabilización luego de varios años mediante la entronización de un Bonaparte que hizo escuela en la vieja KGB.

Mientras los expertos especulan sobre el futuro, eluden elaborar los materiales del pasado reciente y no tan reciente sobre el largo proceso de degeneración de las principales revoluciones del siglo XX. Los antagonismos sociales que explotan en la China supuestamente llamada a tomar una revancha histórica (fue la civilización más desarrollada hasta el medioevo) para inaugurar una nueva era capitalista son simplemente comunales. Un reciente informe sobre el punto ponía de relieve que deben contabilizar-

se en centenares los conflictos, movilizaciones y huelgas que recorren la extensa geografía china... por día (sí, centenares por día). Redundemos: la explosión política y social latente en China es una categoría central de la bancarrota mundial, que es la categoría central de la crisis histórica presente.

Economía y política...mundo

En esta Gran Depresión, el elemento más novedoso está determinado por el hecho de que las crisis políticas se han transformado en un factor determinante de la crisis mundial. Las estructuras de poder enfrentan una creciente inadecuación frente a la insurgencia de las masas y las divisiones de la propia burguesía. La crisis ha dado paso a una dislocación de las formas de dominación del capital en el plano nacional e internacional. Esto se expresa en el derrumbe serial de los más diversos regímenes políticos, que tiene su epicentro en el sur del continente europeo y en la rebelión generalizada que domina la situación en los países árabes y que se extiende a diversas latitudes (un tema que excluimos del análisis en este texto). A modo de conclusión provisoria vale la pena reiterar la conclusión de un texto que publicáramos en la revista *En defensa del Marxismo*, con base en documentos surgidos de una rica deliberación del mayor agrupamiento de la izquierda argentina:

La crisis política mundial no es la suma de las crisis nacionales, que podrían resolverse en cómodas cuotas, mediante un lento y pacífico proceso de soluciones sectoriales. Con todas sus diferencias y especificidades, ella expresa la crisis capitalista mundial, una crisis sistémica, social, política. La salida a la crisis de la humanidad depende del síndico que preside la quiebra del capitalismo. Si el síndico de la quiebra son los gobiernos del capital, el desenlace lo pagarán los trabajadores, mientras los explotadores se arrancarán los ojos por los despojos, por medio de agresiones políticas y de guerras. El síndico de la quiebra tienen que ser los trabajadores, en cuyo caso se procederá a la confiscación de los grandes acreedores y de los accionistas, y los trabajadores ganarán en trabajo libre y bienestar. La puesta en marcha de la quiebra capitalista ya desató una cadena de explosión de contradicciones y crisis nacionales, crisis sociales y políticas...A cinco años de iniciada la bancarrota capitalista mundial, el desafío de desarrollar una estrategia de poder independiente de las masas frente al derrumbe capitalista está más vigente que nunca.

Eso es.